Video-conferencia sobre el Concilio Vaticano II

**Dom Demetrio Valentini**

**Introducción:**

             Nos acercamos al aniversario de los 50 años de la apertura del Concilio. Esto no es sólo para recordar los hechos y recordar los temas. Es mucho más, para hacer vivir el espíritu del Concilio, y renovar las motivaciones que fueron tan generosamente suscitadas por el Concilio.

            Sin una gran motivación, que contagie e involucre a la gente, no se llevan adelante grandes propuestas de renovación eclesial, como las presentadas por el Concilio.

           Desde su anuncio, el concilio generó gran entusiasmo. 50 años después es necesario recuperar ese entusiasmo. Sin él, no vamos a tener la motivación suficiente para llevar a cabo las reformas eclesiales que presentan más resistencia o mayor complejidad.

            ¿Cuál fue el secreto de este Concilio? Haber desencadenado intensas motivaciones, capaces de abordar con entusiasmo problemas largamente arraigados en la vida de la Iglesia.

    La primer gran motivación suscitada fue de orden ecuménico. El Concilio fue anunciado al final de la "semana de oración por la unidad de los cristianos". Todos espontáneamente intuirían que la primera causa que se presentó era la unidad de los cristianos.

       La causa ecuménica fue el primer detonante del entusiasmo conciliar. Una cuestión compleja, con complicados componentes históricos. Por lo tanto el Papa vio como importante asegurar lo medular el entusiasmo ecuménico. Del mismo modo, en el medio ambiente ecuménico se vio como importante señalar y destacar todos los documentos conciliares y la presencia de representantes de otras Iglesias mantuvo a los obispos siempre atentos a la dimensión ecuménica en sus intervenciones.

         Pero terminado el concilio los pasos y medidas adoptadas en el ámbito ecuménico quedaron muy lejos de las esperanzas originales.

          Si queremos recuperar el impulso conciliar, es indispensable retomar la causa ecuménica. Ella no es sólo una forma o camino de unidad de los cristianos. También es itinerario de purificación de las Iglesias, que necesitan volver a reaprender juntos el legado dejado por Cristo a sus discípulos de vivir en comunión fraterna, inmunes de ansias de dominiación mutua o de competencia recíproca.

      Podríamos pasar lista por otras causas planteadas por el Concilio, en orden de importancia, y que necesitan profundas motivaciones que deben ser abordados.

     Como la causa de la recuperación del equilibrio entre Primacía y Colegialidad, rota desde la división y separación entre católicos y ortodoxos. La práctica de la colegialidad sin la presencia de la Primacía ha debilitado a las Iglesias Orientales. Y la Primacía sin una práctica de Colegialidad en Occidente condujo a la centralización romana, lo que explica las rupturas s del siglo 16.

      Otra cuestión importante, que se hubiera merecido un concilio por si misma, fue la reconciliación de la Iglesia con la modernidad. Con el Concilio, la Iglesia ha recuperado su "derecho de ciudadanía" en el mundo actual. Ella ahora tiene que acercarse al mundo posmoderno, no para presentarse como alguien que tiene todas las respuestas dogmáticamente, sino por el contrario, como aquella que formula junto con el mundo las grandes interrogantes que cuestionan hoy en día a la humanidad . La Iglesia debe superar la actitud de "Mater et Magistra" para convertirse en "Discípula de Emaús" que aprende a discernir los acontecimientos a lo largo del camino de solidaridad.

            Y, entonces, podríamos recordar la causa de revalorización de las "iglesias locales" como realización histórica de la Iglesia en cada realidad. Y la causa de las "comunidades eclesiales", indispensables para realizar la Iglesia en su dimensión de misterio y de comunión.

Por lo tanto, el jubileo de 50 años nos presenta el reto, el desafío, de recuperar el entusiasmo para mantener nuestras motivaciones, con el fin de continuar la recepción del concilio.

1. **El recuerdo de un día feliz**

**Ahora, un breve testimonio personal!**

         En la última asamblea de la CNBB, en abril de este año, me dieron un susto!

         Miré a los 300 obispos que ahora son titulares. Ninguno de ellos participó en la sesión de apertura, de la cual yo tuve la suerte de asistir! Después de 50 años, me vi a mí mismo como el último testigo de un hecho que no podemos olvidar. Por lo tanto más sentía la responsabilidad de testimoniar lo que fue este gran concilio, inaugurado por Juan el 23 el día 11 de octubre de 1962.

       El día amaneció despejado, sin nubes. El sol dio su hermoso espectáculo de luz y fulgor en la cúpula de San Pedro y sobre la ciudad de Roma.

      La ceremonia estaba programada para comenzar temprano. Pues contaba con la lenta procesión de dos mil quinientos obispos, que saliendo del Vaticano, pasaban por la Plaza de San Pedro, y se dirigían hacia la basílica.

        El último en aparecer fue el Papa Juan XXIII. Lo venían cargando, sentado en la "silla gestatoria", como era tradicional hacer. Pero cuando llegó a la puerta de la Basílica, mandó parar la precisión y pidió que lo bajaran, ya que quería entrar a la basílica a pie, caminando, como lo habían hecho todos los obispos.

       La puerta de la basílica estaba cerrada. Pero entonces llegó el momento de mi gran suerte. El encargado de los periodistas de lengua portuguesa me dio una credencial para entrar en la basílica!

    Así pude entrar y acompañar toda la hermosa ceremonia . Podía escuchar de viva voz, el famoso discurso de apertura del Papa Juan XXIII. Pude sentir de cerca la firmeza , el entusiasmo, la fe aquel Papa que se dejaba guiar por el Espíritu Santo, para ser el instrumento de la gracia de Dios.

     La alegría de ese día tan especial fue colmada por la noche, cuando el pueblo romano sintió que era su turno para unirse a la fiesta junto con el Papa, con una encantadora procesión luminosa por las calles de Roma hasta la Plaza de San Pedro.

      Juan XXIII expresó su alegría, la luz de la luna que brillaba espléndida en el cielo de Roma. “ Guardate luna", dijo él !” Cuando se despidiió, arrancó los aplausos de la multitud cuando pidió que al llegar a casa diesen a los niños un beso especial el Papa enviaba a todos.

   Y así concluye un día muy feliz, que dejó recuerdos para siempre!

1. **Un concilio bajo el signo de la alegría y de la esperanza**

**Del discurso de apertura de Juan XXIII , al documento final del concilio. De "Gaudet Mater Ecclesia” " a "Gaudium et Spes"**

        En la víspera de la celebración de los 50 añós de la inauguración oficial del Concilio, es muy revelador observar la armonía y sintonía entre su principio y su fin.

          Las primeras palabras del discurso de apertura, coinciden con las primeras palabras del último documento aprobado por el Concilio.

          El discurso de Juan XXIII comenzó afirmando la gran alegría de la Iglesia porque había llegado el día de la inauguración del Concilio, "Gaudet Mater Ecclesia"!

            Las primeras palabras del último documento expresan los mismos sentimientos, ahora extendidos a toda la humanidad: "Gaudium et Spes!

            "Gaudet Mater Ecclesia" y "Gaudium et Spes"! Entre las dos afirmaciones, se desarrolló el Concilio. Las primeras palabras de Juan XXIII se hicieron eco hasta en el último documento.

               Así se confirma la fuerte influencia de Juan XXIII en este Concilio. Anunció, convocó y presidió su primera sesión anual. Pero el espíritu que animaba a Juan XXIII se mantuvo durante todo el concilio.

          Después de 50 años, ahora nos enfrentamos con el reto de recuperar los sentimientos de alegría y de esperanza que marcaron todo el Concilio.

1. **El contexto histórico del Concilio Vaticano II**

         Nadie entiende el Concilio Vaticano II, sin tener en cuenta el entorno histórico en el que él mismo se realizó.

        Las décadas de los 50 y 60 fueron las más optimistas de los últimos siglos. Europa estaba en la reconstrucción de la posguerra. La humanidad comenzó su carrera espacial.

         En la política se iba a la distensión entre el Este y el Oeste, con Kennedy en Estados Unidos, Khrushchev en la Unión Soviética, y Juan XXIII en el Vaticano.

          Las naciones de África estaban proclamando su independencia, y el mito del desarrollo sin límites contagiaba a todos.

        Fue en este clima de optimismo y esperanza que el Concilio Vaticano II tuvo lugar.

        Juan XXIII percibió la hora de gracia, supo aprovechar las condiciones favorables que la historia proporcionaba para movilizar a la Iglesia en torno a un evento de tal magnitud, como sería el Concilio Vaticano II.

         Estos tiempos de optimismo duraron poco. Ya al final de los años sesenta todo cambió, en 1968 la revuelta de los estudiantes en Francia síntoma de una gran transformación cultural que la secularización extendió rápidamente por Europa y los países del primer mundo.

1. **¿Cómo surgió el Concilio?**

         A primera vista, la historia de los acontecimientos que describen el surgimiento del Concilio, parecería indicar que el Concilio era totalmente inesperado, sin ningún vínculo histórico con las circunstancias que lo precedieron.

       El Concilio se dio, sí, por una inspiración divina. Sin embargo, una inspiración fácilmente asumido, y sabiamente ubicada en línea con el dinamismo eclesial existente en esa época.

        La emergencia del concilio fue fruto de la simbiosis entre la inspiración de Dios y la iniciativa humana.

        Los pasos que llevaron a Juan XXIII a anunciar el Concilio, el día 25 de enero de 1959, constituyó una serie de sorpresas, donde se podía reconocer la mano de la Providencia, pero también aparecían las marcas de la iniciativa humana.

     En el anuncio del Concilio se produjo un fenómeno evidente de transferencia afectiva. La gran simpatía por la persona del Papa se trasladó a la idea de un concilio ecuménico. El Consejo pasó a ser mirado y considerado con entusiasmo y esperanza, porque era propuesto por el Papa Juan XXIII.

      El generoso apoyo de la gente fue muy bien capitalizado por Juan XXIII. Así que el proceso conciliar tuvo desde el principio un gran apoyo popular, que sirvió de garantía para la acciones que fueron tomadas.

1. **Los límites del Concilio**

     Sería una ingenuidad no constatar los límites concretos que enfrentó este Concilio.

     La Iglesia venía de un largo período de estancamiento de sus estructuras. Había una predisposición a rechazar el proceso de cambio que el Concilio propugnaba. Paradigma de este estancamiento fue la rigidez con que se trataba la liturgia, que estaba "congelada" desde los tiempos de Pío V en el siglo XVI.

       Los "padres conciliares" más lúcidos, pronto se dieron cuenta de que el Concilio tenía que ser "moderado en las propuestas," a recomendación del Papa Juan XXIII. Había que ir poco a poco, para dejar las "puerta sabiertas" para dar otros pasos cuando las circunstancias lo permitieran.

    Así el trabajo conciliar fue seguido de cerca por la mentalidad conservadora, que sólo se fue abriendo gradualmente a lo largo del proceso de conciliar.

     Así que este fue un concilio realizado con entusiasmo por la renovación de la Iglesia, inspirada por Juan XXIII, pero se encontró con muchos límites.

   En este sentido, se podría decir que el Vaticano II fue generoso en intenciones, pero más tímido en las decisiones. Esto parece ser una referencia útil para evaluar todo el proceso conciliar.

1. **La resistencia encontrada**

     Desde el inicio de su proceso, el Vaticano II trató experimento resistencias. El propio Juan XXIII testimonio que el día del anuncio del Concilio, la cara de algunos cardenales mostraba bastante escépticismo sobre la propuesta de un concilio ecuménico que él acababa de anunciar.

     Estas resistencias encontraron varias maneras de expresarse.

     Algunos venían de la larga oposición al modernismo, que había sido promovido desde hace algún tiempo en la Iglesia. Todo lo que se veía como una concesión a la modernidad era visto como sospechoso.

     Las resistencias específicas contra la dinámica y del contenido del Concilio se articularon en forma de un grupo de obispos, identificados como "cötus internationalis patrum" (grupo internacional de "padres").

      Este grupo de obispos, en cuyo frente estaba Mons. Marcel Lefebvre, sistematizó una resistencia a las posiciones mayoritarias del Concilio a lo largo de todo el período conciliar.

Después del concilio aún más endurecieron sus posiciones. Así que este concilio también propuesto con gran apertura por Juan XXIII, enfrentó serias resistencias, que terminaron materializándose en un cisma, que a duras penas el actual Papa está ahora tratando de disolver a través de un difícil diálogo que se lleva adelante con mucho paciencia por parte de Benedicto XVI.

1. **El "Pacto de las Catacumbas"**

      El surgimiento de grupos dentro del Concilio como el "Cötus Internationalis Patrum" y el grupo del "Pacto de las Catacumbas", revelaba la necesidad de mantener una lucha para la implementación del Concilio, después de que el mismo hubiese terminado.

       Fue esta conciencia de la necesidad de abrazar de todo corazón las causas propuestas por el Concilio, que llevó a un grupo de obispos a firmar al final del Concilio, lo que ellos mismos identificaron como el "Pacto de las Catacumbas".

      Mediante este acuerdo, los suscriptores se comprometieron a dejar de lado las insignias episcopales , y todo lo que significase expresión de poder en la Iglesia.

      El simbolismo de las "catacumbas" revela una conciencia de que las propuestas de renovación eclesial formuladas por el Concilio , encontrarían una fuerte resistencia del "orden establecido", que no se dejaría suprimir tan fácilmente..

         Sería muy interesante para comprobar los compromisos firmados por los miembros del "Pacto de las Catacumbas" y relacionarlos con la resistencia encontrada en la recepción del Concilio.

**Conclusión**

        Nuestra época tuvo su gran Concilio Vaticano II.

        El fue válido por muchas razones. Fue claramente un “Concilio Eclesiológico” por haber abordado de manera amplia y profunda, el tema de la Iglesia.

       Hubiera valido la pena sólo por el hecho de que la Iglesia tuvo que enfrentarse al reto de definir su identidad y misión, y de insertarse en el contexto del mundo actual.

       Por el Concilio, la Iglesia recuperó su "derecho de ciudadanía" en el mundo de hoy con las muchas posibilidades para la acción que esto representa.

        Pero no basta sólo reconocer la grandeza del concilio, o sólo identificar las causas que el mismo planteó.

         Después de 50 años, el mayor desafío es recuperar el clima de entusiasmo, intensamente suscitado por el concilio, las motivaciones que nos sustentan en la difícil implementación de propuestas de renovación eclesial, sobre todo aquellas más cargadas de resistencias históricas.

        El Concilio precisa volvernos a encantar. Y nosotros precisamos volvernos a encantar con el, y abrazar sus causas con motivaciones fuertes y conscientes.

Pues la recepción del concilio aún no ha terminado.